

DEPORTES

TOUR DE FRANCE 1970

UN HOMBRE Y UNA BICICLETA

En la mañana del viernes 26 de junio, en Limoges, comenzaba uno de los ritos deportivos mundiales: el Tour de France. Veintitrés capítulos ciclisticos, con un prólogo. En total, 4.337 kilómetros. Este fue el quincuagésimo séptimo; giró en el sentido de las agujas del reloj, partió de Francia, tocó a Bélgica, a Luxemburgo, a Alemania.

Corría 1903, y Henri Desgranges, director de la revista deportiva *L'Auto*, no encontraba manera eficaz para competir con *Le Vélo*, que patrocinaba la prueba Burdeos-París-Brest. Geo Lefevre, un colaborador, le propuso: "¿Por qué no organizamos nosotros una carrera que dé la vuelta a Francia?" Desgranges aceptó la idea, con pocas esperanzas, y abandonó en Lefevre la supervisión general.

Tres años más tarde, *Le Vélo* desaparecía, adquirida y eliminada por *L'Auto*, que, a partir de catorce mil ejemplares, llegó a vender ciento veinte mil, en 1914. Actualmente, una revista —*L'Equipe*— y un periódico —*Le Parisien Libéré*— reemplazan al primer mecenas. Todo ha cambiado ahora, como nada queda de aquel sentimental ciclismo de los viejos tiempos. Imposible

comparar el orgullo de quien antes vestía el *maillot jaune* (para el puntero en la clasificación general), o el *vert* (para el ganador de la etapa última), con la ansiedad por asegurarse el indescifrable premio de estos tiempos: Eddy Merckx, el vencedor en 1969 y 1970, embolsó en cada oportunidad sumas que superaron holgadamente a los 50.000 dólares.

Se estableció el desequilibrio. El belga Merckx inclinó la estadística en favor de los extranjeros: su victoria completó veintinueve, contra veintiocho de los corredores franceses. El coro de augures no se equivocó: estaba previsto. El domingo 19, al llegar a Parc des Princes, en París, con 12m51s de ventaja sobre el holandés Joop Zoetemelk, ya no se sabía qué aplaudirle al puntero: ganó la carrera; subió al pedestal de Coppi y Anquetil (ver recuadro en la página 79); se impuso en la etapa final, contra reloj, por 1m47s; fue primero en ocho de las veintiocho etapas, igualando el record del francés Charles Pelissier; se adueñó del Gran Premio de la Montaña, del Premio a la Combatividad, y del Combinado, que resulta de sumar la clasificación gene-

ral, la de la montaña, y la puntuación en los sprints especiales.

En verdad, al imponerse tan rotundamente y en todas las consideraciones, Merckx arrasó con las más venerables teorías del Tour sobre la paz y la estrategia. Todo el reconocimiento a su formidable potencial no impide que Eddy tenga muy pocos amigos en su gremio. Es que, desde mediados de siglo, la carrera fue gobernada por una serie de pactos tácitos. Uno de ellos dictamina que un campeón debiera retrasarse al comienzo, permitiendo a los desconocidos unos días de gloria. Otro estipula que a cada participante debe permitirse tomar la delantera, al pasar por su ciudad natal.

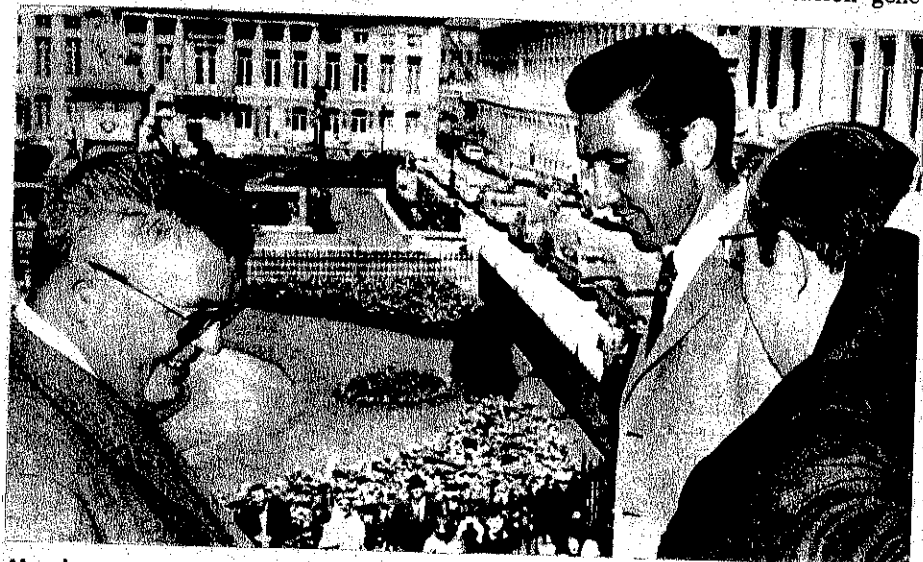
Merckx se las arregló para violar todas esas reglas, mientras pedaleaba a su manera, lanzándose a la delantera desde el comienzo de la prueba. Mantuvo su velocidad en todo el recorrido, provocando el exasperado estallido de un fanático francés, quien le gritó, al verlo pasar: "¡Suficiente, suficiente! ¡Te estás pasando!"

UN NEGOCIO A LOS TUMBOS

"Este hombre va a ganar todos los tours, por lo menos hasta 1975", se comenta en Francia. Y no lo dicen con simpatía. Hay quienes se preguntan ya si Merckx, 25, no está arruinando al Tour como espectáculo: los cinco millones de curiosos que flanquean anualmente la ruta, alentando a su hombre en la caravana, son un importantísimo mercado consumidor que los anunciantes, verdaderos sostenedores de la carrera, no quieren ver esfumarse. En una época en que sus rivales se están alejando del esfuerzo, Merckx se entrena más que nunca: recorre unas 15.000 millas por año, y se pasea, por lo menos, otro tanto sobre los guijarros de Bélgica. ¿Quién puede reprocharle que sea un cuidadoso superdotado?

Tanta superioridad aplastó hasta la voluntad de sus adversarios: Felice Gimondi, el crédito italiano batido por Eddy en el Giro, no se presentó en Francia. ¿Qué le importó al belga?: nada. Marcel Rickaert, su mecánico, nunca lo vio tan previsor. Ocho bicicletas, todas probadas y corregidas por el corredor, estuvieron prontas en la largada. "Estoy tan fuerte como en 1969. Estos cuidados nunca están de más, por eso los tomo. Sin ser más inteligente, creo estar menos bruto que antes, y la experiencia me ha enseñado algunas cosas", explicó, ante el asombro de los críticos.

A los pies de su niño prodigio, Bélgica se conmueve. Él es el arcángel Gabriel, que exorcisa los demonios de



Merckx y sus regresos a Bruselas: Dólares, copas, homenajes.



Gutty: ¿Daños materiales?

su país. Basta rozar a *Eddy* para que la nación explote. Diez mil cartas lo consolaron, en 1969, cuando un affaire de doping lo incluyó.

LA ALQUIMIA DE LOS VESTUARIOS

Por primera vez, desde 1965, el médico Lucien *Monsieur Antidoping* Maigre no acompañó al Tour. Las secuelas de una hepatitis lo retuvieron en Grenoble. Su apodo se debe al decreto antidrogas, dictado en 1966, como resultado de su cruzada profiláctica.

Es cierto que el tráfico de drogas se desorganizó algo en el ciclismo; pero no se ha paralizado. Los falsos o inhumanos médicos siguen causando estragos a la sombra de los pelotones, con su dinamita muscular. En el último campeonato francés, una comprobación positiva en la orina del vencedor, Paul Gutty, lo eliminó del Tour y abrió las puertas para un juicio, en el que el corredor reclama perjuicio moral y material. Quizá lo haya afectado el primero; en cuanto al segundo, es discutible. Debe haber obtenido mayores ingresos en su próspero almacén, vendiendo embutidos y conservas, que si hubiera tentado la osadía de luchar con el monstruo belga.

Se han reconocido ciento tres drogas ingeridas por ciclistas; figuran, desde ahora, en la lista negra de la Unión Ciclista Internacional. Pero, ¿acaso todo concluye allí? *Eddy Merckx* sabe que no; en 1969 se comprobó que había utilizado estimulantes, aunque le otorgaron el beneficio de la duda: alguien pudo superar su inocencia y darle el empujón químico sin su anuencia. Ya se olvidó del mal rato. Le importaba más recordar que, en su vitrina de recuerdos, junto al jersey rosa del Giro d'Ita-

EL INSACIABLE EDDY MERCKX

André Darrigade, el mejor sprinter francés, lo definió: "Tiene la clase de Fausto Coppi, el estilo de Koblet, y el espíritu de lucha de Bobet". Hay quienes piensan que el juicio fue avaro.

Edouard Louis Joseph Merckx nació el 17 de junio de 1945 en Meensel-Kiezegene, Bélgica. A los 16 años miró a una bicicleta; hasta entonces, era un entusiasta por el fútbol, como su padre. Se montó en ella, y allí empezó todo. Un año más tarde, en 1962, era campeón nacional de debutantes. En los doce meses siguientes ganó treinta pruebas. En 1964, fue a Sallanches; entraban en la última vuelta y decidió cambiar de nombre. Levantó el trasero del sillín, se paró sobre los pedales y escapó. Al cruzar la línea, era el campeón mundial de rutereros amateurs, y todos lo llamarían *Eddy*, en adelante.

El 29 de abril de 1965, basta de correr gratis, o algo así: se convierte en profesional, en la Flecha Valona; dos pinchaduras le hacen abandonar, antes de los doscientos kilómetros. Luego, toda la gloria del ciclismo converge en ese hombre flaco —73 kg—, alto —1m83—, de piernas largas y fibrosas, con un corazón ideal —60 pulsaciones, lanzado al mayor esfuerzo—, una capacidad pulmonar de 6,400 litros, y una ambición implacable.

En 1967 casa con Claudine, rubia primogénita de Lucien Acou, un ex campeón ciclista. *Eddy* no es, precisamente, un romántico: "Me casé, a propósito, con una mujer de mi ambiente, para que pueda comprender las necesidades y perdonar los defectos de un ciclista". Claudine, tres meses menor que él, está por batir el record mundial de la paciencia. Empezó a conquistar su proeza cuando *Eddy* le dedicó una semana de luna de miel, en Canarias, y la abandonó para ir a correr los *Seis Días* en Colonia, Alemania.

Dos mellizos, Michel y Micheline, sus hermanos, nacieron en 1949. El varón estudia Farmacia; la mujer es empleada bancaria. *Eddy* los quiere mucho, y algún triunfo fue brindado "a mis hermanos, que me estarán escuchando".

Coppi era un lebrél en la montaña y corriendo contra reloj; Gino Bartali y Federico Bahamontes es-

taban a sus anchas en el camino de cornisa; Louison Bobet fue un permanente ataque; Jacques Anquetil, un metodista que todo lo calculaba. Cuando Merckx apoya las manos en lo alto de su manillar, todo se aniquila, y en cualquier terreno. El merckxismo es un forcing constante que estraga al pelotón, que hace desear "el primer puesto, después de *Eddy*".

El año actual igualó la hazaña deportiva que sólo Coppi (1949 y 1952) y Anquetil (1964) habían logrado: vencer, simultáneamente, en el Giro d'Italia y el Tour de France. *Paris Match* sugirió, ¿bromeando?,



que Merckx debía otorgar handicap, y llevar peso extra, como los caballos de carrera; o largar 24 horas después; o pedalear con las manos. Algunos memoristas se preguntaron si no lo obstaculizaría más una simple vuelta de llave a su botiquín. Como muchos de sus colegas, Merckx es sospechado de tomar estimulantes. El año último sufrió una descalificación cuando se descontaba su victoria en el Giro italiano. Su capacidad, empero, es incuestionable. "Lo que *Eddy* quiere, es de él —lloriqueó Cyrille Guimard, ciclista francés—. Como profesional, debiera dejar algo para los demás. Pero está tan hambriento de éxitos, que devora todo y no le da una chance a nadie." ⊖